

CONVERSACIONES Y RECUERDOS

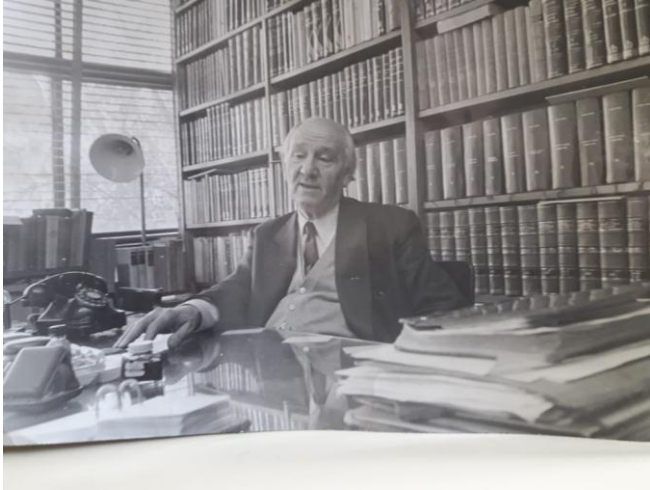
Lía Mallol de Albarracín

Tengo la impresión de que no son muchas las personas que gozan en la vida la oportunidad de trabajar en espacios donde se sientan cómodas: apreciadas, reconocidas, apoyadas, estimuladas... Por lo mismo, entiendo que soy un ser privilegiado ya que hago lo que amo en un lugar donde me siento totalmente a gusto. Desde que me recibí trabajo en el mismo ámbito rodeada de gente que – en su gran mayoría- aprecio y admiro. Comparto con cariño y cordialidad tiempo, tareas, obligaciones, logros propios y ajenos, pasiones, preocupaciones o alegrías, proyectos, historias de vida...

Durante muchos años tuve la suerte de pasar cuatro horas por semana con Silvia Calí en la oficina 304 del tercer piso de la Facultad de Filosofía y Letras. Ella fue profesora de trabajos prácticos de la asignatura Literatura Francesa; luego la Adjunta, finalmente la docente titular. Fue la persona con quien me formé en la especialidad y a quien reemplazo en el cargo hoy por hoy. Pero lo más importante no es que me haya dejado su plaza sino que me haya honrado (y me siga honrando) con su bella amistad.

De ella aprendí mucho de lo que sé actualmente aunque seguramente jamás llegaré a conocer todo lo que ella sabe pues tiene una memoria envidiable que atesora hasta los más mínimos detalles de cuanto lee. Tiene una sensibilidad literaria exquisita y una generosidad intelectual inconmensurable, amén de una bonhomía inmensa, todo lo cual constituyó para mí la suerte profesional más grande del mundo, pues aprendí el oficio de alguien que se entregó siempre a manos llenas y desinteresadamente.

Sin embargo, en este momento que de recuerdos se trata, no me interesa evocar su figura académica (que bien lo merecería, por cierto), sino su compañía durante las horas de consulta en la oficina 304 mientras fue “mi jefa” y repasar sus hermosas conversaciones. Generalmente giraban en torno a su experiencia no solo acerca de alguno de los temas del programa de ese ciclo lectivo sino también de su propia vida y, muchas veces, esas experiencias tenían que ver con su admirado padre, el poeta Américo Calí, de quien me contaba anécdotas que yo siempre escuché con fruición. Le pedí que volviera a evocar alguna para compartir con ustedes porque creo que es algo amable y simpático y porque “hay que decirlo... con libertad”. Espero que les guste. Le cedo la palabra.



A la izquierda, Don Américo Calí. A continuación su hija Silvia, co-autora de esta nota.



Algunos recuerdos de Américo Calí, mi padre (Por Silvia Calí)*

Recuerdo que en mi casa todo aquello que fuera expresión artística ocupaba un lugar de privilegio y que yo tenía un padre distinto de otros en cuanto a sus intereses por el quehacer literario y por su participación en la vida cultural de Mendoza.

Mi padre es Américo Calí. Nació en Rivadavia en 1910, hijo de inmigrantes italianos. A los 18 años se recibió de Maestro Normal en la ciudad de Mendoza porque en su pueblo no estaba el ciclo secundario completo. Luego viajó a Córdoba para estudiar en condición de libre Derecho y, años más tarde, presentó su tesis de doctorado para optar al grado de Doctor en Derecho y Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de Córdoba con un trabajo titulado *Corte Nacional de Casación y en cuya defensa - Martín Fierro ante el Derecho Penal -* manifiesta dos de sus grandes amores: la literatura y el derecho.

Rememoro esto, porque hay una frase que siempre decía: “El hombre es lo que se siente”. Y vivió acorde con ese designio. Nació para seguir un solo camino y con la constante inquietud de saber y ser tanto por la creación poética como por el conocimiento.

* Antes de recordar algunos aspectos del mundo poético, cultural, profesional de mi padre, quiero agradecer, especialmente, las palabras de Lía Mallol de Albarracín, mi compañera de trabajo y querida amiga con quien compartimos un tiempo muy considerable en la Facultad de Filosofía y Letras, tiempo que nos unió no solo en el amor por la Literatura Francesa sino también en una amistad amplia, sincera, respetuosa. Nos conocimos cuando ella era muy niña y yo era muy joven sin saber que años después tendríamos esa posibilidad de abordar un mismo camino y un mismo entusiasmo por una literatura que entregó a la humanidad selectos filósofos, pensadores, escritores, hombres y mujeres que impactaron - y hoy todavía impactan - por su grado de profundidad, de lucidez, de capacidad creadora y por estar siempre a la vanguardia de las estéticas innovadoras.

Por eso yo también siempre guardo esos hermosos años de realización en la vida profesional universitaria como un bien querido que nos permitió compartir momento de estudio como de tan agradables charlas.

Y así trascurrió su vida, entre la literatura –la poesía –, la lectura y las leyes porque era esencialmente poeta y ejerció su profesión con lírigo ministerio. Crecí entre libros y entre cuadros, entre escritores y entre artistas de la plástica. A algunos solo los conocí de nombre y a otros personalmente.

Son muchos los recuerdos que vienen a mi mente. Algunos porque los reservo de todo aquello que contaba; otros porque yo pude vivenciarlos. Contaré algunas cosas, que fueron - ya hace mucho tiempo – casi parte de la vida cotidiana.

No olvido que siempre le gustaba evocar un momento de su juventud, cuando todavía era estudiante universitario y viajó a Buenos Aires, solo con la intención de conocer al poeta César Fernández Moreno, el hijo de Baldomero. Llegó a esa casa sin que lo conocieran pero tenía claros intereses para hacerlo. Eran contemporáneos y mi padre sabía que lo que buscaba era compartir principios comunes como es la poética de los integrantes de la generación neorromántica con cuyos autores él también comulgaba.

Hacia los años 40, exactamente, en 1944, fue importante la iniciativa de dirigir *Égloga*, una revista literaria que vio la luz entre 1944 y 1946 y de la que salieron doce números. Su propósito fue dar lugar a la difusión de importantes autores del medio, nacionales e internacionales. En *Égloga* publicaron Alfredo Bufano Vicente Nacarato, Alejandro Santa María Conill, Baldomero y César Fernández Moreno, Antonio Pagés Larraya, Lázaro Schallman, Diego Pró, Pablo Neruda, Juvencio Valle, Julio Cortázar solo por dar algunos nombres porque la nómina sería muy extensa.

Aquellos fueron años de una intensa actividad cultural y literaria cuyo sitio de reunión de los hombres de arte fue un restaurante ubicado en la esquina de San Martín y Godoy Cruz, propiedad del padre de Reinaldo Bianchini quien fue amigo entrañable de mi padre. Allí se reunían con asiduidad, escritores y plásticos mendocinos donde llegó también en más de una ocasión Julio Cortázar, durante su estadía de un año y medio en Mendoza a raíz de que fue llamado para desempeñarse como profesor en la Facultad de Filosofía y Letras.

Dije que Bianchini fue amigo entrañable de mi padre y fue así. Un hombre más bien silencioso, casi tímido, que paradójicamente era contador y había nacido con una sensibilidad extraña para el arte. No solo para la literatura sino también para la plástica y la música. Mantenían largas charlas telefónicas, sobre todo, los domingos, y de esas charlas escuchábamos una interesante conversación que siempre enriquecía.

Reinaldo siempre quiso que mi padre comprendiera que no se justificaba comprar tantos libros. Aquí surgía su costado racional. Él tenía una biblioteca muy completa y manejable, lo que era mucho más difícil para mi padre. No se pueden tener 40.000 volúmenes en una biblioteca particular distribuidos entre la casa y el estudio... Pero no podía dejar de acceder al libro... Él mismo decía que había nacido con una obstinada bibliofilia. Siempre buscaba alguna curiosidad literaria y, sobre todo, el afán por las primeras ediciones; cito Gleizer para la obra

de Borges - solo por dar un ejemplo - a quien también conocí, pues mi padre lo presentó en público por una conferencia que Borges pronunció en la Biblioteca San Martín, acompañado en esa ocasión por doña Leonor Acevedo de Borges.

Más tarde, hacia los años 50 y primeros años de la década del 60, la mesa de café tuvo su lugar en la calle San Martín frente a la iglesia de la Compañía de Jesús. Allí se daban cita Ricardo Tudela, Vicente Nacarato, Alejandro Santa María Conill, Alberto Cirigliano, Humberto Crimi, Américo Calí, entre otros.

Después de que mi padre falleció, hicimos construir en la casa - mi madre, mi hermana y yo - un gran ambiente para reunir todo lo que concernía a la literatura y otros temas. ¡Cómo le hubiera gustado ver todo eso! Creo que él no lo hizo por temor a que algún libro se perdiera o arruinara porque mi madre ya se lo había sugerido. Y agradezco, profundamente, a dos seres que hoy ya no están, que se relacionan con los afectos de mi padre y representan también a la cultura de Mendoza. Ellos son el poeta y arquitecto Luis Ricardo Casnati que participó activamente en nuestro proyecto como a mi prima hermana Eliana Molinelli, conocida escultora, quien no fue ajena a nuestro gran entusiasmo y nos ayudó a mover libros y luego a reubicar en esa enorme biblioteca que todavía conservamos, un lugar elegido, que invita a estar ahí, donde en cada libro está la mano de mi padre y su recuerdo.

Ocupar la Dirección del Departamento de Extensión Universitaria fue un gran regocijo. Fueron años muy fecundos en la actividad cultural de Mendoza. Desempeñó ese cargo con la convicción de que la Universidad debía llegar a su medio con los valores de la cultura nacional e internacional de una manera viva. Así fue como estuvieron en Mendoza, importantes figuras del mundo de la cultura y del arte. Entre los argentinos, recuerdo a Ezequiel Martínez Estrada y a su esposa Agustina, a Manuel Gálvez y a Delfina Bunge de Gálvez. Todos dejaron su palabra no solo en el acto formal y académico sino también en la charla más íntima y familiar. Del extranjero, quedaron muy grabadas en mí, la figura de Lanza del Vasto, de estampa patriarcal, quien dejó consignado en un misal de la casa la esencia de su pensamiento en pro de la paz y de la no violencia: "*Pax Domini*" y la de Nicolás Guillén quien con voz grave, sonora y presencia afroamericana, nos recitó poesías entre las que no faltó el canto de *Sóngorocosongo*.

Fue una época de continuo e intenso movimiento para concretar las metas fijadas. También la casa tomaba ese ritmo porque no vivíamos ajenas a los intereses, a los gustos, a los desvelos del padre.

Dije que escritores y plásticos formaban una conjunción de intereses comunes. A esas reuniones también asistió Sergio Sergi y tampoco fue ajeno a las preocupaciones de artistas e intelectuales la figura de Víctor Delhez. Tanto uno como otro encontraron gran parte de la realización de sus obras en nuestra provincia después de haber llegado de sus países natales y de haber vivido antes en Buenos Aires.

Agrego a los plásticos, el nombre fundamental de Carlos Alonso. Lo conocí porque, en esos años en que lo recuerdo, vivía en un largo pasaje frente al Hospital Central y esa cercanía con nosotros hacía que se encontrara con frecuencia con mi padre. Alonso portaba siempre algún dibujo que siempre le dejaba, a veces por debajo de la puerta... Por entonces, estaba buscando otro camino. Ya después se alejó de Mendoza para seguir las enseñanzas de Spilimbergo.

La vida de mi padre transcurrió en un andar sin cansancio, con la alegría de trabajar en lo que tanto amaba, en reencontrarse con sus libros, en dar una palabra, en recitar poesías, en recordar poetas “antiguos y modernos” y como en *La página blanca* de Darío pasaban, en este caso, formada por su imaginación, las figuras y las poesías del mismo Rubén y de José Asunción Silva, de Antonio Machado y de Juan Ramón Jiménez, de Jorge Enrique Ramponi y de Pablo Neruda, de Nalé Roxlo y de Rega Molina. Se admiraba de la originalidad creativa de Borges y recordaba a Ortega y a Julián Marías y a Sciacca y a Pirandello.

Mi padre falleció el 22 de junio de 1982. Un año antes había publicado su último libro de poemas y había sido nombrado por la Academia Argentina de Letras Miembro Correspondiente. Fue una muerte inesperada. Sus lentes y su lapicera dejaron marcada una página de un Código Civil, más allá, como custodia de sus permanentes lecturas una edición española de *Platero y yo* y *El criminalista* de don Luis Jiménez de Asúa a quien admiró y leyó durante toda su vida; lo había descubierto a los quince años con motivo de su visita a Mendoza, sin saber que, más tarde, nutriría su pensamiento con las ilustres lecciones del jurista.

He contado algunos recuerdos que han surgido naturalmente. Ha quedado en mí – en nosotras – la imagen de un ser que vivió intensamente, guiado por lo que siempre decía: “Lo importante es cultivar las cosas superiores de la vida”. De lo que he expuesto, sé que el viso íntimo y el afecto filial me pueden haber hecho caer en la vía subjetiva de la emoción, de lo personal, de lo entrañable.

Mendoza, diciembre de 2020